

AEspA, 62, 1989, 5-20

ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE Y ESTRUCTURA SOCIAL

POR

VICENTE LULL y MARINA PICAZO

Universitat Autònoma de Barcelona

RESUMEN

En este artículo se presenta en primer lugar una síntesis de los principios teóricos y metodológicos que definen la «Arqueología de la Muerte» como una propuesta para el estudio de las prácticas funerarias que se enmarca en la denominada *New Archaeology*. A continuación se presentan las condiciones que debería plantearse la investigación arqueológica para dimensionar el alcance de las prácticas funerarias y su implicación en la reproducción social. No hay duda, sin embargo, que toda investigación sobre la estructura social, aunque parta de las prácticas funerarias, debe ser contrastada mediante la arqueología de los asentamientos.

SUMMARY

This paper offers firstly a summary of the theoretical and methodological principles of the «Archaeology of Death», a proposal for the study of the mortuary practices in relationship with other theoretical perspectives within the New Archaeology. Later, we propose that the archaeological research must take into account some conditions to understand the range of the mortuary practices and their implication in social reproduction. However, it is obvious that every research on the social structure must be contrasted with the settlements archaeology although it begins with mortuary data.

«En la vida... utilizamos las proposiciones matemáticas sólo con el fin de deducir, de las proposiciones que no pertenecen a las matemáticas, otras que igualmente no pertenecen a las matemáticas.» L. Wittgenstein, Tractatus logico-philosophicus, 1922.

El tema central de nuestra exposición* es la llamada «Arqueología de la Muerte», que ha tenido gran influencia en la investigación de la estructura social a partir de las prácticas funerarias.

* Este estudio fue presentado en el I Coloquio Hispano-Mexicano de *Teoría, Método y Conservación en Arqueología*, celebrado en Las Navas del Marqués (Ávila) en mayo de 1988.

Tras un breve comentario sobre las principales líneas de trabajo que tienen como objeto la muerte desde una perspectiva social, presentamos una síntesis de los principios teóricos y metodológicos que definen la Arqueología de la Muerte y las expectativas explícitas de su metodología, con una valoración crítica de la coherencia formal de sus presupuestos y de la adecuación de sus métodos. Terminaremos con una propuesta de las condiciones que, a nuestro parecer, deben tenerse en cuenta en la investigación arqueológica de la estructura económico-social a partir de las prácticas funerarias.

* * *

Gordon Childe en la década de los 40 (1944: 78-97, 107-108; 1946: 75 ss.) propuso que las culturas más estables y progresivas, en términos del aumento de la riqueza social, amortizan pocos bienes en el tratamiento de la muerte a causa de la institucionalización de la propiedad privada y de la herencia. Es decir, su planteamiento era que a mayor progreso de la cultura material, menor es la energía social invertida en los enterramientos al tiempo que se consolida y aumenta la riqueza de los vivos. El gasto público en las necrópolis será inversamente proporcional al desarrollo de la tecnología. Por otra parte, Childe buscaba una normativa general en el tratamiento de la muerte a partir de los enunciados básicos del marxismo y del evolucionismo difusionista que marcaron toda su obra. Le parecía evidente y directa la relación entre la esfera funeraria y la esfera de los vivos y consideraba el ritual y su referente religioso como simples mecanismos que asegurarían la continuidad de las condiciones de reproducción de los sistemas sociales. Sus esfuerzos teóricos, sin embargo, apenas fueron contrastados con la información empírica que el mismo Childe había recogido.

Mientras tanto, la mayor parte de los arqueólogos se limitaban a elaborar descripciones y clasificaciones más o menos detalladas de las tumbas y de sus contenidos con algunas referencias, escasamente formalizadas, a las creencias religiosas o a diferencias de rango y riqueza, sobre todo en relación a las tumbas monumentales.

Por su parte, las investigaciones etnológicas y antropológicas, desde el siglo XIX, empezaron a conceptualizar el fenómeno de la muerte y su tratamiento con intención de realizar comparaciones entre sociedades. Es, por tanto, natural que la Arqueología de la Muerte surgiera de premisas teóricas y de información empírica etnológicas y en el ámbito académico americano, donde siempre ha existido una estrecha relación entre arqueólogos y antropólogos.

La Arqueología de la Muerte es una propuesta teórico-metodológica para el estudio de las prácticas funerarias que se enmarca dentro de la denominada *New Archaeology*, precursora del debate epistemológico que afectó a la arqueología en la década de los sesenta.

La concepción de cultura desde la perspectiva sistémica permitía deslindar aspectos de las manifestaciones arqueológicas (entendidas como subsistemas) y hacerlas susceptibles de estudios particulares. Desde el comienzo, las prácticas funerarias fueron consideradas como un campo de estudio propicio por tratarse los enterramientos de conjuntos cerrados con capacidad explicativa aparentemente elevada. Se asumió que estas características específicas les permitían «simbolizar» la organización y la estructura sociales. Así pues, la arqueología de la muerte se generó bajo el convencimiento de que las estructuras implícitas en las prácticas funerarias expresan la realidad social o sus principios simbólicos y, por tanto, constituyen una base potencial de estudio para obtener información. Los primeros trabajos se remontan a comienzos de los años setenta. Saxe, 1970, y Binford, 1971, fueron los primeros en establecer las premisas teóricas. A partir de una base empírica etnológica plantean diversas posibilidades metodológicas. Sus enunciados teóricos proceden de la antropología, como la teoría

del rol, del símbolo y del referente, y de la sociología, como los conceptos de identidad y personal social. Todo ello se incorpora al modelo sistémico que conforma la definición de la disciplina (arqueología como antropología) y establece bajo presupuestos de la ecología cultural y el funcionalismo sus categorías arqueológicas (cultura como sistema adaptativo extrasomático, cultura como un todo interrelacionado orgánicamente...). El requisito obligado de este método reside en la explicación de las premisas y de los sistemas de contrastación, características propias de la ciencia objetiva. Las pruebas empíricas que se incorporan para los procesos de verificación o refutación proceden en su mayoría de la teoría de la información y se basan en una investigación cuantitativa que permita inferir generalizaciones empíricas. Más concretamente, Saxe propone dimensionar la complejidad social mediante el análisis formal o de componentes (nótese la paradoja existente en Binford entre la propuesta metodológica hipotético-deductiva y las modificaciones *ad hoc* inductivas que se ofrecen para la contrastación).

El estudio que Brown (1971) realizó a partir de los restos arqueológicos del cementerio de Spiro (Oklahoma) constituyó una de las primeras aplicaciones de la nueva propuesta a un contexto arqueológico. Se planteaban las consecuencias de procesos específicamente arqueológicos como los efectos posdeposicionales o los cambios cronológicos. El propio Brown fue editor de *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*, publicado en 1971, que recogía su estudio y el de Binford, y trabajos de otros investigadores como Peebles, Larson y Saxe. Era la primera puesta en común de las premisas teóricas y metodológicas de la Arqueología de la Muerte. Su influencia en la década posterior es innegable, tanto en América como en algunos países europeos, sobre todo Inglaterra. Durante estos años se publicaron diversos estudios cuyo objetivo fundamental era aplicar las propuestas de la Arqueología de la Muerte a necrópolis concretas o grupos de necrópolis (Randsborg, 1975; Goldstein, 1976; Tainter, 1976; Hodson, 1979).

Tainter (1973, 1975, 1977, 1978) desarrolló el principio del gasto de energía invertido en el ritual de enterramiento (propuesto inicialmente por Binford en 1971: 232 ss.) como determinante para el establecimiento del rango. Dado que la jerarquización determina complejidad estructural, Tainter establecía una interdependencia entre energía invertida y complejidad social que intentaba medir mediante técnicas estadísticas de análisis multivariante.

En 1981 se publicó *The Archaeology of Death*, cuyos editores fueron Chapman, Kynnes y Randsborg. Se trataba de un estado de la cuestión diez años después del comienzo de la Arqueología de la Muerte. Junto a diversos trabajos de contrastación etnográfica y arqueológica (Brown, O'Shea, Goldstein, Chapman, Bradley, Randsborg) se incluían dos estudios de restos humanos (Buikstra y Cook). El énfasis en los nuevos tipos de información que pueden aportar los antropólogos físicos (sobre patología, paleodemografía y paleonutrición) constituye, sin duda, uno de los aspectos más valiosos de las inquietudes generadas por la Arqueología de la Muerte.

En años posteriores se han seguido publicando diversos estudios locales o regionales en el ámbito arqueológico, pero sin grandes innovaciones. En 1984, J. M. O'Shea publicó *Mortuary Variability* intentando establecer una teoría arqueológica del comportamiento funerario, pero su contribución debe valorarse fundamentalmente como un detallado y completo estado de la cuestión.

Desde el campo de la antropología, investigadores de diversas tendencias han planteado las dificultades de poner en relación los restos materiales de los rituales funerarios con las actividades, características organizativas y/o las creencias de las sociedades del pasado. Humphreys (1981: 4 y 5) señala que es inadmisibile la pretendida relación entre las cosas materiales

y las personas y sus interrelaciones que proponía la *New Archaeology* y enfatiza que tal propuesta surge del contexto social de los propios investigadores.

Desde otra línea teórica, el antropólogo M. Bloch (1981: 137 ss.) afirma que la complejidad ritual de ciertas sociedades está en relación con una jerarquización de rangos individuales o colectivos, que se ha producido a lo largo del desarrollo histórico. Añade que su expresión en la materialización de los rituales funerarios, en las tumbas y sus contenidos, puede tener poca relación, en un momento determinado, con el rol económico y/o político que unos individuos o grupos puedan tener en la sociedad real.

Dentro de las nuevas tendencias en arqueología también han aparecido críticas a los planteamientos teóricos y metodológicos de la Arqueología de la Muerte originaria. Los componentes de la llamada, según los casos, arqueología contextual, postestructuralista o simbólica representan uno de los sectores críticos con mayor incidencia en la actualidad. Uno de los principales exponentes de esta tendencia es I. Hodder, quien tras poner en cuestión el enfoque sistémico, propone una redefinición de estructura social como «las reglas y conceptos que ordenan y dan sentido al sistema social» (1982: 150). Para este autor lo importante es que la estructura del sistema social reside en los principios simbólicos que relacionan las diversas partes del sistema. Hodder representa para la arqueología la instauración del viejo debate entre funcionalistas y estructuralistas. Los estructuralistas consideran como apariencias las relaciones funcionales entre los subsistemas y como real la estructura subyacente al fenómeno. Aunque esa misma crítica a los funcionalistas se efectúa igualmente desde el marxismo, Hodder desplaza su intención hacia las causas simbólicas que encontrarían respuesta en la esfera ideológica, ya que lo importante para él no son las relaciones entre las partes, sino los principios simbólicos que las unen. Considera, por tanto, que el análisis arqueológico ha de intentar descubrir los esquemas simbólicos que se hallan detrás de los elementos materiales. Los restos arqueológicos de las prácticas funerarias están relacionados con una ideología de la sociedad de los vivos que no siempre tiene una relación lineal con las relaciones sociales. Por ejemplo, pueden constituir un mecanismo de legitimación del grupo dominante y del orden social que éste impone.

Si bien la disposición espacial de los enterramientos ya había recibido atención desde Saxe y en los trabajos de varios investigadores (Hodson, 1979; King, 1969; Peebles, 1971; Tainter, 1976) una de las premisas metodológicas de la arqueología estructural y simbólica es que las relaciones espaciales constituyen una de las formas fundamentales de diferenciación simbólica (Pader, 1982; Shanks y Tilley, 1982). Esto significa que los trabajos que intentan contrastar empíricamente los presupuestos estructuralistas se concentran especialmente en la identificación de las pautas de ordenación espacial, sea de las tumbas, de los ajuares en relación al muerto o de la colocación de los esqueletos.

No podían faltar en este resumen introductorio otras opiniones sobre las posibilidades del estudio de los rituales funerarios, anteriores o sincrónicas a la Arqueología de la Muerte, que no serán objeto de comentario en el apartado siguiente de nuestra exposición. No obstante, conviene recordar que la arqueología escéptica ha seguido considerando que la muerte está en relación con la esfera prácticamente intangible de las creencias religiosas (Pigott, 1973). En un artículo, publicado en 1969, Ucko pone en duda que existe una relación directa entre las prácticas funerarias y el mundo de los vivos. Utiliza datos etnográficos que apoyan esta aserción y reconoce, al igual que Pigott, la dificultad, casi imposibilidad, de llegar a criterios de evaluación social a partir de los enterramientos. De hecho, estas opiniones se resumen en la afirmación de Leach (1977: 161-166), según el cual la relación entre la esfera de los muertos y el mundo de los vivos es metafórica.

Otra línea alternativa que debemos mencionar sería la que tiene por objeto la investigación de la ideología funeraria. Los trabajos publicados en el volumen titulado *La mort, les morts dans les sociétés anciennes* (Gnoli y Vernant, eds., 1982) están mayoritariamente dentro de esta corriente. Las contribuciones más interesantes han sido las de Vernant (1982: 5-16) y la de D'Agostino y Schnapp (1982: 17-20). A primera vista resalta el aparente desconocimiento por parte de italianos y franceses de los logros teóricos anglosajones, lo que podría afirmarse también en el caso contrario. Parece existir un intento sistemático por parte de las dos tradiciones académicas de ignorarse mutuamente. Sólo D'Agostino en 1985, tras lamentar el desconocimiento que tienen los investigadores de lengua inglesa de la bibliografía en las demás lenguas europeas, pasa revista a ciertos lugares comunes en la Arqueología de la Muerte. Vernant se preocupa no tanto de lo que implica el aplicar un método científico al estudio de los rituales funerarios, como del significado de los mismos. Para él, la ideología funeraria no es sólo el eco donde se refleja la sociedad de los vivos, sino que define los esfuerzos del imaginario colectivo para elaborar una aculturación de la muerte siguiendo una estrategia de la muerte, o conjunto de reglas propias de la comunidad para afirmar sus rasgos específicos, sus estructuras y orientaciones. Parte de la premisa de que las sociedades elaboran el tratamiento de la muerte con el fin de lograr su integración social.

D'Agostino y Schnapp, por su parte, destacan que los muertos son un *enjeu* que no ha sido dejado al azar y proponen establecer el juego social de la muerte. El estudio de la ideología funeraria no es un fin en sí mismo, sino un medio privilegiado de alcanzar una visión social. Se insiste en que el predominio del componente ideológico del ritual funerario y sus formas no pueden ser consideradas una proyección directa de la estructura social. D'Agostino (1985: 51-52) considera imposible establecer una relación metonímica entre la riqueza de los vivos y los ajueres de los muertos sin comprobar el grado de verificación de la representación que estructura ese mundo, ya que en caso contrario la relación es metafórica. Para comprender las estructuras de los fenómenos funerarios se debería partir de un análisis de detalle de las situaciones específicas, enfatizando de esta manera el papel de la historia frente al de la antropología.

PRESPUUESTOS DE LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

Consideramos que la mejor aportación de esta tendencia reside en ciertos aspectos de la metodología empleada. El estudio de los enterramientos a partir de la evaluación de diversas variables cuantitativas y cualitativas que son susceptibles de medición por medio de análisis matemático y estadístico ha mejorado, en cualquier caso, los trabajos arqueológicos sobre las prácticas funerarias, dotándolos de una mayor riqueza informativa potencial, lo que no siempre significa que sean aceptables las interpretaciones adoptadas a partir de los nuevos tipos de datos.

Planteamos la síntesis que sigue a partir de una valoración crítica del trabajo de tres investigadores (Saxe, Binford y Tainter) que, a nuestro parecer, han propuesto las principales hipótesis de trabajo de la Arqueología de la Muerte.

La principal aportación de Saxe es la aplicación de la teoría antropológica del rol desarrollado por Goodenough (1965) y basada, a su vez, en un importante ensayo de Linton (1936). Los conceptos básicos son:

- **Identidad Social:** «Categoría social o lo que ha sido llamado una posición o *status* social»; por ejemplo, ser varón, carpintero, miembro de una asamblea, etc..

- **Relación de identidad:** Relación social en la que participan dos o más identidades.
- **Persona social:** El conjunto de varias identidades sociales que se consideran apropiadas en una interacción determinada.

Según Saxe, en la muerte actúan el mayor número de identidades sociales de un individuo. Por tanto, existe una mayor posibilidad de conflicto para el reconocimiento de las diversas identidades sociales de un mismo individuo lo que hace inevitable la elección que, lógicamente, está en manos de los vivos. Las consecuencias determinantes de esas decisiones son la naturaleza y los detalles del tratamiento funerario como un reflejo de los deberes, fruto de las relaciones de obligación que unían al muerto con los vivos. La conclusión de Saxe es que la variabilidad de los restos funerarios se relaciona con una serie conscientemente seleccionada de distinciones que son coherentes con las identidades sociales que tenía el muerto en vida.

Puesto que la persona social está determinada por las características propias de cada sistema social, se sigue que el análisis de un grupo de personas sociales (el estudio de una necrópolis en el caso de la arqueología) permitirá una aproximación a la organización de esa sociedad. Saxe plantea un tipo de análisis que permita descifrar:

1. El modo en que las personas sociales están representadas de manera diferente en las áreas de deposición.
2. El modo en que las distintas estructuras sociales están representadas de manera diferente entre las diversas áreas de deposición (1970: 63).

Por ello deduce ocho hipótesis que contrasta con estudios etnográficos de tres grupos sociales (Ashanti, Kapauku y Bontoc Igorot).

Contrasta su sistema de hipótesis interrelacionadas utilizando el análisis formal que le permite evaluar las combinaciones de atributos funerarios de una determinada área de deposición. La representación gráfica de estas combinaciones adopta la forma de un diagrama de ramas, con una estructura de pares de atributos de redundancia absoluta. Es decir, la elección de un atributo en un par determinado condiciona las elecciones posteriores. El contraste es el perfecto paradigma en el que todos los atributos son independientes y pueden combinarse con todos los demás. La redundancia en este caso es cero y en el anterior uno. Las técnicas para medir los dos tipos de combinaciones de atributos proceden de la teoría de la información y han sido comentadas y, en algún caso, criticadas por diversos investigadores (Tainter, 1978; O'Shea, 1984).

Saxe plante ocho hipótesis cuya contrastación permitiría establecer una normativa de los componentes funerarios que podía ser puesta en relación con las estructuras sociales correspondientes. Las diversas estructuras sociales están prefijadas implícitamente en términos del mayor o menor grado de complejidad. Tal complejidad se infiere a partir de principios, también implícitos, evolucionistas (complejidad = mayor número de dimensiones organizativas; igualdad = diferencias observables únicamente en sexo, edad logro personal (*sic*). Las ocho hipótesis, cuya contrastación se estableció a partir de datos empíricos exclusivamente etnográficos, se pueden agrupar en tres campos de representación:

- A) La persona social del muerto (hipótesis 1, 3, 4 y la conclusión de la 2).
- B) La relación entre el desarrollo social y la elaboración de las deposiciones (hipótesis 2, 5, 6 y 7).
- C) La relación entre espacios exclusivos y linajes (hipótesis 8).

Las hipótesis del primer campo competen a las personas sociales: *a*) las personas sociales están representadas por diferentes combinaciones de componentes; *b*) los principios organizativos de las mismas son congruentes con las relaciones sociales; *c*) las personas de mayor significado social, en un dominio dado, presentan un mayor número de combinaciones posibles de atributos y viceversa, para las de menor significado, y *d*) el muerto es representado como personal social en la muerte seleccionando su identidad más valorada.

La contrastación le permite rechazar *d*, matizar que *c* tan sólo se mantiene en sociedades igualitarias y en los diversos niveles jerárquicos de las complejas, enfatizar la utilización informativa de *a* y aceptar *b*.

De los diversos tipos de hipótesis, el único que podría mantener como hipótesis de trabajos es *b*, es decir, los principios que organizan los grupos de personas sociales son congruentes con las relaciones sociales organizativas en su conjunto. Sin embargo, al establecer una relación directa entre la persona social y combinación de componentes (*a*), dado que los componentes pueden o no representar personas sociales resultaría imposible ponerlas en relación con ningún tipo de estructura social.

Las hipótesis del segundo campo ponen en relación desarrollo social y atributos, entendidos éstos como componentes y combinaciones posibles de componentes. Los sistemas sociales serán más complejos en los siguientes casos:

- a** Cuanto mayor sea el número de las dimensiones organizativas que ostenten y en ese caso pueden oscurecer los principios igualitarios de sexo, edad y logro personal (hipótesis 2).
- b** Cuando sus atributos se presenten genealógicamente y sean redundantes (hipótesis 5).
- c** Si existe menor relación lineal entre número de componentes, contrastes y significado social (hipótesis 6).
- d** Si se presenta una mayor divergencia en el tratamiento de los tipos de las personas sociales (hipótesis 7).

Si las condiciones son antagónicas nos encontramos ante estructuras igualitarias cuyos atributos son independientes entre sí, no redundantes, y pueden combinarse al azar. La contrastación obliga a Saxe a rechazar **b** por la naturaleza arbitraria de los datos etnográficos; **d** por insuficiencia de datos para la contrastación y, finalmente, a reconocer cierto apoyo empírico para **c** al tiempo que mantiene **a** por principio, como ya ocurría en el caso anterior. Queda sin resolver la paradoja de si los componentes y sus posibles combinaciones implican o no personas sociales.

La octava hipótesis es la que ha merecido un mayor grado de atención, ya que supone la posibilidad de explicar las variaciones en la distribución espacial de los enterramientos a partir de ciertos factores sociales. Se ha sugerido (Goldstein, 1976: 61) que debería modificarse en el sentido de que uno de los sistemas (pero no el único) por los que un grupo determinado intenta legitimar el uso o control de recursos escasos es ritualizar esta relación por el mantenimiento de un área permanente y especializada de enterramientos.

En todo el discurso no se contempla el caso de obligaciones institucionales que normalicen el ritual en cualquier tipo de sociedades y como no se valoran las relaciones sociales de producción, las propuestas resultan inconmensurables, toda vez que otros supuestos que se aducen en su formulación (mayor cantidad de atributos positivos para las personas de mayor rango y viceversa en la hipótesis 3) se mantienen sólo en sociedades igualitarias y en cada nivel de las complejas (según el propio Saxe), lo que hace imposible relacionarlas jerárquicamente si no se expresa un sistema de evaluación.

En 1971, Binford reunió gran parte de la información antropológica sobre las prácticas funerarias y tras criticar los usos idealistas de las interpretaciones metafísicas historicistas, planteaba una serie de líneas básicas para abordar como antropólogo y desde la arqueología, el tema de muerte.

El artículo se ha convertido con el paso del tiempo en referencia obligada de la llamada Arqueología de la Muerte, dado que afrontaba desde un punto de vista metodológico, aparentemente nuevo, la probable relación entre estructura social y ritual funerario.

La estructura formal de su discurso está contenida en el apartado dedicado a las posibilidades del estudio de las prácticas funerarias (1971: 224-225).

Binford parte de la clasificación propuesta por Radcliffe-Brown (1952: 143) que distingue entre actos técnicos y rituales, es decir, entre los diversos sistemas sociales para desembarazarse del muerto (técnicos) y los actos propiamente simbólicos que se expresan mediante la forma de los símbolos y el número y clases de referentes a los que se simboliza (rituales).

El contenido explicativo de los símbolos, para Binford, no se puede aprehender ya que no hay nada intrínseco ni en la forma ni en el referente simbólico que permita su reconocimiento. En cambio, acepta como buen punto de partida en la investigación del ritual funerario, el número y clases de referentes a los que se da reconocimiento simbólico. Si bien queda implícito que son los fenómenos sociales los que se simbolizan, propone que se evalúen dos componentes fundamentales de lo que denomina situación social: la persona social (véase Saxe) y el número de personas que tienen obligaciones de *status* con el muerto (participación corportativa obligada por la consideración social). Plantea que puede esperarse una correlación directa entre el rango relativo de la posición social del muerto y el segmento social del grupo que expresa obligación para con él mediante el ritual.

La propuesta de Binford ignora, al igual que Saxe, las relaciones sociales de producción e identifica formas productivas y complejidad social.

Toda su exposición teórica presupone que la sociedad reconoce simbólicamente mediante el ritual cuestiones de sexo, edad y filiación (es decir, cuestiones de identificación comunitaria del individuo) y que la posición social aparece definida únicamente en términos de consideración o reconocimiento de los roles que el muerto tuvo en vida (sin especificar de qué orden). Al no observar la dinámica de las relaciones sociales de producción y reducir el desarrollo de las fuerzas productivas a las formas de producción, Binford obvia la base real de la diferenciación social que es la que implica distintos tratamientos a sujetos de la misma edad y sexo y la que define relaciones de clase más que de *status*.

Podría pensarse que el desacuerdo expuesto con las premisas binfordianas sólo compete a cuestiones de principio. Por ello, y para no caer en un debate ideológico, es necesario considerar todo su desarrollo metodológico para evaluar globalmente su propuesta de análisis y la validez del método.

A partir de una base empírica etnológica procedente de 40 sociedades no estatales, conocidas bibliográficamente, Binford plantea tras hipótesis y las somete a mecanismos de contrastación que considera pertinentes.

La primera hipótesis descansa en un enunciado deducido de su base epistemológica: existirá un «alto grado de isomorfismo entre (a) la complejidad de la estructura de *status* en un sistema sociocultural y (b) la complejidad del ceremonial funerario en lo que respecta al tratamiento diferencial de las personas que ocupan distintas posiciones de *status*» (1971: 226). Reconoce la dificultad de obtener información adecuada para efectuar generalizaciones fidedignas sobre la complejidad social y propone, como Saxe, que el mayor número de estas distinciones confirma la tendencia a una correlación directa entre la complejidad estructural del

ritual y los sistemas de *status* social. Por ello decide utilizar un índice aproximado para evaluar la complejidad social mediante una jerarquización de las formas de producción de subsistencia (aportación original que lo desmarca de Saxe). Supuestamente, la hipótesis queda contrastada porque en las sociedades «más complejas» se da por término medio una mayor diferenciación de las dimensiones primarias en los enterramientos.

La investigación presenta otros problemas. El concepto de distinción, posición o *status* social, a pesar de ser considerado dimensión distintiva, no se define ni explícita por lo que podría corresponder a valores diferenciados, desde *status* hasta clases, aunque nos encontramos ante sociedades no estatales. El índice seleccionado para inferir complejidad social responde a una mecánica identificación entre formas productivas (caza, agricultura, pastoreo), sociedades (cazadores, agricultores, pastores) y nivel de desarrollo social (simples, complejas). Surge así un cuadro reductor, claramente economicista, que condiciona el análisis propuesto. Las formas o los sistemas productivos no pueden traducirse en relaciones sociales de producción, al igual que el desarrollo de las fuerzas productivas por sí mismo no implica necesariamente complejidad social. La complejidad social es una relación entre los miembros de la comunidad, sus relaciones de producción y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y no puede, por tanto, devenir directamente de las formas subsistenciales de reproducción del grupo. El autor reconoce, con toda razón, que se trata de una categorización tosca, pero, en nuestra opinión, debe considerarse, además, impropia. Por otra parte, cualquier verificación, comprobación o refutación mediante pruebas empíricas exige la explicitación del sistema seleccionado para tal fin y en ningún caso las tablas ilustrativas del trabajo de Binford son suficientemente aclaratorias, más aún teniendo en cuenta que algunas de las proposiciones que contienen son consideradas significativas. La segunda hipótesis al ser deducida de la conclusión, aparentemente contrastada, es más un corolario que una nueva propuesta. En cambio, la tercera propuesta no se halla en relación con la persona social del difunto, sino con el segmento social que reconoce deberes de *status* para con el muerto. También el sistema de contrastación es distinto y, correctamente, se generan nuevas variables:

- 1.º Tratamiento diferencial del cuerpo.
- 2.º Preparación diferencial del enterramiento.
- 3.º Deposiciones distintivas de ajuar.

Las conclusiones de esta contrastación son más amplias, ya que Binford reconoce diferencias en la localización de las tumbas en cuanto a edad y también en cuanto a filiación. En cambio, respecto al sexo, las distinciones se relacionan con los tipos de objetos funerarios. La mayor variación en las tres variables compete a la posición social. Podría parecer que la hipótesis recibe apoyo empírico, pero no se realizan tests matemáticos de contrastación y sólo se apuntan diferencias de presencia. Además, ciertos juicios de valor adornan lo que aparenta ser una adecuada contrastación. Es el caso de los enterramientos infantiles cuya localización es explicada a nivel familiar en aquellas sociedades donde la posición social no es heredada, lo que podría ser cierto, pero no resulta probado. O bien, cuando sugiere que los grupos de parentesco se distinguen espacialmente en las necrópolis y pueden presentar, además, una orientación específica que él interpreta como de raíz mitológica (1971: 234).

A pesar de las debilidades teóricas y metodológicas apuntadas, Binford concluye con una generalización que ha calado hondo en toda la investigación posterior sobre la Arqueología de la Muerte: «La forma y estructura que caracterizan las prácticas funerarias de cualquier sociedad están condicionadas por la forma y complejidad de las características organizativas de esa sociedad» (1971: 235). Es decir, a mayor complejidad de la organización de la estructu-

ra social, mayor complejidad existirá en las formas y estructuras de las prácticas funerarias (cotejar con Saxe). Teniendo en cuenta que Binford da como axioma la complejidad de las sociedades sin establecer la jerarquización de las esferas económica, social e ideológica que la proponen ni el estado de las relaciones sociales de producción que la aseguren, difícilmente esa «complejidad» inferida a partir de las formas productivas, puede constituir un referente para la comprensión de los rituales funerarios.

Tainter (1973, 1975, 1977 y 1978) recoge la línea teórica iniciada por Saxe y seguida por Binford, reforzando la perspectiva sistémica de este último, ampliando el significado de algunas de las categorías operativas insinuadas y no desarrolladas con anterioridad (gasto de energía) y realizando análisis de contrastación más adecuados. Para caracterizar un sistema social utiliza dos conceptos básicos: la *estructura* que indica «número, naturaleza y ordenación de sus subsistemas y componentes articulados» y la *organización* que comprende todas las presiones que se ejercen sobre los niveles de comportamiento posibles en los elementos de un sistema social» (Tainter, 1975: 1). A partir de estos dos conceptos, desarrolla cuatro dimensiones de los sistemas sociales:

- Complejidad estructural.
- Naturaleza de la diferenciación estructural.
- Grado de la organización.
- Naturaleza de la organización.

Sus trabajos contienen diversas técnicas para medir estas dimensiones que considera cruciales en el análisis de los sistemas sociales del pasado. La primera y la tercera de estas dimensiones, es decir, la complejidad estructural y el grado de organización constituyen variables cuantitativas y son analizadas desde esa perspectiva. En relación a la diferenciación estructural toma conceptos sociológicos de Blau, 1970, y distingue entre la división vertical que se relaciona con la estructura de rangos de una sociedad y la división horizontal o componentes estructurales (por ejemplo, grupos de descendencia, linajes) que se dan en niveles jerárquicos semejantes —aquellos que atraviesan las dimensiones verticales.

Tainter asume que el gasto de energía en el tratamiento funerario se relaciona directamente con la estructura jerárquica de la sociedad de los vivos y aunque se basa en la observación de Binford (1971: 17 y 21) de que la forma de un ritual funerario está determinada por el tamaño y composición del segmento social que reconoce deberes de *status* para con el muerto, desarrolla más extensamente el concepto al afirmar que el rango individual del muerto es mayor cuanto más importantes sean la intervención del resto del grupo y la interrupción de las actividades cotidianas. Estos dos factores provocan un mayor gasto de energía en todo el proceso del ritual funerario.

Para analizar ese gasto de energía se deben cuantificar diversos factores:

- La elaboración del tratamiento del cuerpo.
- La forma y la localización del enterramiento.
- Las contribuciones materiales al ritual funerario.

Este aspecto de los trabajos de Tainter es el que mayor incidencia ha tenido en los últimos estudios de arqueología de la muerte.

Para medir el grado de organización de un sistema social utiliza los conceptos centrales de la teoría de la información: entropía (desorden, desorganización), organización y equilibrio estadístico. Partiendo de la premisa de que en ningún caso se puede concebir un sistema social que carezca absolutamente de presiones de algún tipo, Tainter concluye que siempre

se producirá un cierto desequilibrio entre sus componentes (como puede ser la presencia de *status* diferenciados). Las técnicas matemáticas de la teoría de la información permitirán inferir ciertos tipos de presión que actúan sobre los sistemas sociales y operan sobre su organización.

EVALUACIÓN CRÍTICA

Las diferencias entre Saxe, Binford y Tainter, a pesar de la componente sistemática acusada de los dos últimos, no residen tanto en las hipótesis propuestas como en los sistemas de contrastación. Si bien podemos considerar que las diferencias teóricas son de matiz, como el énfasis en el gasto de energía (Tainter), o en las formas productivas como índice de jerarquización (Binford), presentan considerables distancias en cuando a los mecanismos de contrastación utilizados, desde el análisis de componentes llevado a cabo por Saxe, hasta el análisis multivariante incorporado por Tainter. Dado que el objeto de nuestro trabajo es exclusivamente teórico intentaremos valorar críticamente el modelo formal propuesto por la Arqueología de la Muerte y considerado válido para investigar la estructura social a partir de las prácticas funerarias.

Si partimos de la premisa de que la persona social es el conjunto de sus identidades sociales y que la decisión de la colectividad en el momento de la muerte de un individuo expresa de una manera material el reconocimiento de ciertas identidades valoradas socialmente, afirmamos que la colectividad está reconociendo y/o primando a aquel individuo de alguna manera. Tal operación equivale a una evaluación social del muerto. La primera deducción que se desprende es que el proceso ritual es un tipo de evaluación social. Si lo que se reconoce y evalúa es una evidencia, como el sexo y la edad, la arqueología nos permitirá establecer diferencias entre los restos materiales (variables) asociados a constantes de edad y sexo, determinadas objetivamente. Sin embargo, con este proceder seguiremos sin saber qué es lo que diferencia unas tumbas de otras. Si creemos que el linaje se manifiesta por una asociación espacial determinada estamos implicando que las asociaciones espaciales entre las tumbas deben leerse en clave a las relaciones de parentesco. De esta manera se rechaza la posibilidad real de que esas asociaciones hayan emanado de decisiones institucionales religiosas o políticas.

Respecto al reconocimiento o evaluación del *status* se presentan varios problemas. El concepto de *status* carece de un marco referencial que le de contenido, ya que no se definen los criterios por medio de los cuales puede reconocerse su existencia. Debería discutirse en primer lugar si los niveles de *status* fueron establecidos por la colectividad o lo han sido por los investigadores. Como cualquier colectivo «reconoce» dimensiones, distintivas o no, para ciertos grupos sociales o individuos, podría parecer que al usar el término de *status* para designar grupos o personas empleamos un concepto objetivo. Pero es una apariencia, ya que no se obtiene un conocimiento objetivo de la realidad, sino que tan sólo se la clasifica (según los intereses de los investigadores). Los conceptos no clasifican, cualifican.

Los antropólogos insisten en que los *status* pueden ser adquiridos por diversas causas, por prestigio o grados de consideración, por «buenas obras» y por prestaciones específicas por lo que el concepto es polisémico y ambiguo. Así pues, aunque pensemos que la colectividad toma decisiones diferenciales según los individuos o grupos de individuos que van a ser enterrados (tratamiento distintivo entre personas sociales) y aunque contrastemos empíricamente lo que los antropólogos denominan personas sociales, no podemos considerar como diferencias de *status* la diversidad existente entre personas sociales. Es una decisión del investigador que simula una realidad que es incapaz de analizar.

El término *status* no es un concepto, ni siquiera una categoría de análisis, es una categoría de clasificación que al carecer de criterios no sabemos lo que clasifica. Si se trabaja con categorías de clasificación podría parecer que se utiliza un método objetivo, pero las categorías de clasificación no son contenedores explicativos de la realidad. Así pues, *status* no posee capacidad explicativa al carecer de un marco de referencias de significación. Para llenar de significado el término *status* se ha acudido a diversos aspectos de las actividades humanas, aspectos que tanto pertenecen a la esfera económico-social como a la político-religiosa (esfera ideológica). Si su significado se encuentra en todas las esferas sociales no puede reducirse a ninguna, lo que impide cualquier tipo de estudio comparativo (lo que se clasifica en algunas sociedades no tiene por qué clasificarse en otras). Por esta causa se propone un amplio campo de referencias para el término que procede del imaginario colectivo y resulta propio de una metodología basada en la psicología de la historia o en la antropología cognitiva.

Si a pesar de todo se piensa que el *status* esconde una realidad social aunque no se sepa de qué orden, se llega inevitablemente a la conclusión de que existen sociedades sin grupos de *status*, sociedades con grupos de *status* y sociedades con subgrupos de *status* y, por tanto, a clasificar por este orden las sociedades. Sin embargo, dado que no existe referencia real para su determinación, ¿qué se ha conseguido averiguar de la estructura social? Sólo se han clasificado las sociedades en estratificadas o no, y al no existir el marco de referencias que dé significación a la estratificación, se hace imposible la comparación entre ellas y ha de proponerse alguna explicación a partir de mecanismos evolucionistas ingenuos (las sociedades se dividen en igualitarias, jerarquizadas y estatales según su desarrollo). En suma, un análisis aparentemente funcionalista reconducido a la teoría evolucionista.

Los *status* son una categoría de clasificación sin criterio de demarcación, cuya referencia al segmento de la realidad resulta ambigua y cobra significado únicamente en la ideología del investigador. Todo lo que se afirma acerca de la génesis o de la naturaleza del *status* es subjetivo e incunmensurable. Por tanto, debemos tener en cuenta que se trata de una categoría simbólica cuyo referente es el sistema de clasificación que hemos inventado y cuyo análogo real es un supuesto. Reconocer los *status* en el ritual significa especular sobre un símbolo a través de una representación simbólica y no investigar la realidad que subyace en toda apariencia fenoménica.

Cuando se analiza la Arqueología de la Muerte con detenimiento se descubre que está desprovista de contenido fáctico. La supuesta neutralidad del método es una apariencia, ya que implica poco o muy poco del dominio de lo real (situaciones y procesos históricos) y, por tanto, se aleja de la teoría histórica. Únicamente se obtiene una serie de tautologías porque no se explicita la cadena causal que da sentido a las equivalencias, identidades, presencia y ausencia de sus componentes.

El procedimiento de pautar lo real obviando momentos y condiciones históricas, para establecer luego estructuras explicativas de lo pautado, niega la historia y su proceso. Las condiciones económico-sociales y las tradiciones o imposiciones ideológicas son el marco donde encuentran explicación las relaciones. Una ley abstracta que atraviesa este marco al azar y en cualquier dirección, presupone que los seres humanos poco tienen que ver en lo que hacen.

PROPUESTA TEÓRICA

En este trabajo no ha interesado, sobre todo, exponer las condiciones teóricas del estudio de las prácticas funerarias, las que se han ofrecido hasta ahora y un avance de nuestras

investigaciones en este campo. Apenas vamos a abordar el tema de las pruebas a las que debe someterse la base empírica arqueológica para determinar lo que denominamos valor social relativo. En un trabajo anterior, como veremos luego, se plantean esos cálculos a un nivel incipiente y se desarrollan de manera completa en el estudio sobre la muerte en Grecia en el II milenio a.n.e que estamos concluyendo.

La concepción teórica de la que partimos procede del materialismo histórico y las categorías que se utilizan corresponden a su aplicación en arqueología, entendiendo ésta como una ciencia histórico-social.

El punto de partida consiste en considerar los enterramientos como depósitos de trabajo socialmente necesario articulados en dos esferas de expresión: el continente (la tumba) y el contenido (las deposiciones).

Hay que determinar sistemas apropiados que midan lo que significa el continente y el contenido respecto a las relaciones sociales de producción, de manera que se pueda establecer el costo social en el caso del continente y el valor social relativo en el caso contenido.

Aunque pueda parecer que el concepto de gasto de energía de Tainter es similar a lo que denominamos costo social, las propuestas de este autor resultan excesivamente primarias, ya que presuponen equivalencia entre energía y trabajo y establecen la jerarquía de grupos según la cantidad de energía invertida. Con ello se limita la complejidad social al gasto de energía sin proponer ninguna teoría de evaluación de ese gasto en la esfera productiva (la esfera del trabajo), ya que no contempla las relaciones sociales de producción que son las que otorgan significado.

Por otro lado, la tabulación que también efectúa Tainter y propone Binford del trabajo corporativo a partir del tiempo de la interrupción de las actividades supone correctamente que el tratamiento de la muerte es un hecho social de integración. Sin embargo, presupone que las comunidades no exigen un tiempo para las relaciones sociales que, aunque ajeno a la producción, procede de ella. Por tanto, esa interrupción no interfiere las actividades, sino que se ubica en el tiempo socialmente necesario para establecer las relaciones sociales. Por ello no se puede considerar que el tiempo ritual interrumpe procesos productivos y tampoco que es directamente proporcional al trabajo social realizado durante ese tiempo. Todo lo más el tiempo ritual extiende el tiempo productivo.

En suma, no se puede sinonimizar energía y trabajo y traducir mecánicamente su inversión como valor social, de la misma manera que no se puede establecer el valor social de un trabajo a partir exclusivamente del esfuerzo, ya que el valor social del trabajo cobra sentido en las relaciones sociales de producción y no en el esfuerzo. Su valoración procede de su incidencia en los mecanismos de reproducción del grupo. Por otra parte, si se considera que los materiales depositados en las tumbas son productos energéticos exclusivamente y no se evalúan (valores de uso, de cambio, excedentarios) se distorsiona el discurso.

La complejidad social reside en la existencia o no de la división del trabajo, en la disimetría de acceso a los recursos por parte de la población y en las instituciones generadas para fijar la coerción. Su investigación, a partir de los restos funerarios será posible mediante la evaluación del trabajo invertido en los continentes de deposición y del cálculo del valor social relativo de los productos depositados.

Entendemos la tumba como ingreso de trabajo social, tanto en su construcción y preparación como en su contenido que representa un valor social relativo depositado para asegurar la reproducción del sistema.

Por ello, debería cambiarse el discurso y considerar a los muertos como ajenos al proceso productivo y consumidores de los frutos de la producción. Más ajeno que el muerto al

proceso productivo no hay nadie. La sociedad permite que el tratamiento de la muerte se apropie de un trabajo social primando a un muerto o a un grupo de muertos sobre los demás como una inversión para la reproducción del sistema en el orden deseado. Así pues, no debe considerarse la inversión social en el tratamiento de la muerte como una mera prestación que reconoce tan sólo el valor que los muertos tenían en vida, porque sería una inversión sin contraprestación.

Presuponer que se invierte trabajo social sólo para recuperar valores éticos y morales de identificación social es pensar que la reproducción ideológica poco o nada tiene que ver con los procesos productivos y con las relaciones sociales que la ordenan.

Si se consideran las tumbas como depósitos de trabajo social, la distribución de los ingresos funerarios es un producto relativo respecto a un conjunto dado de condiciones históricas. Los diversos valores que se otorguen en los enterramientos a las diferentes personas o grupos serán directamente proporcionales a las posibilidades económicas de la comunidad, expresadas en términos de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción.

Una comunidad que no sea excedentaria otorgará en el tratamiento de la muerte bienes de uso fácilmente recuperables y que serán de una naturaleza arqueológicamente politípica y polimórfica. En cambio, una sociedad excedentaria podrá invertir cantidades diversas de excedente según las obligaciones impuestas por la institución o, por contra, regular normas tendentes a eliminar tal inversión sin contraprestación manteniendo por medio de otros mecanismos ideológicos el orden social deseado.

Se han de considerar dos estrategias para afrontar el estudio de las prácticas funerarias y dimensionar su alcance y su implicación en la reproducción social. Previamente se ha de efectuar una investigación sistemática de los muertos a partir de la antropología física, dado que el estudio de los cadáveres desde esa perspectiva ofrece un importante cuerpo de conocimientos sobre las condiciones de vida (nutrición, patologías, distribución de la población, etc.) de las sociedades prehistóricas.

La primera estrategia debe dirigirse a evaluar la norma del continente teniendo en cuenta las dimensiones, características constructivas y naturaleza, procedencia y sistemas de obtención de las materias primas utilizadas. Los cálculos sobre la fuerza de trabajo y el tiempo invertidos han de tener en consideración la proximidad o lejanía de los implementos utilizados, así como la manera en que se han conseguido (aprovechamiento de las condiciones del lugar, acarreo desde el territorio social o intercambio en caso de urnas o sarcófagos normatificados). Todos ellos son indicadores del costo del trabajo invertido en su confección. La tumba es un producto del trabajo en sí misma y, por tanto, puede expresar diferencias de costo comparativas.

La segunda estrategia debe investigar los contenidos y establecer el valor social relativo de los productos depositados. El sistema que propusimos en otro lugar (Lull y Estévez, 1986) para evaluar los ajuares representó una primera aproximación al problema. Se intentó para un grupo social concreto, la formación económico-social argárica, establecer el valor social estimativo de los objetos funerarios a partir del cálculo de presencias mínimas en contextos de máximas combinaciones. Con los resultados obtenidos se propuso una hipótesis de estructura social a contrastar con la arqueología de los asentamientos.

No hay duda que toda investigación sobre la estructura social, aunque parta de las prácticas funerarias, debe ser contrastada mediante la arqueología de los asentamientos, la única capaz de determinar las condiciones históricas. Tan sólo la investigación de las unidades de producción que organizan la sociedad de los vivos permitirá establecer si las deposiciones de

los productos sociales en las tumbas proceden de la producción doméstica o artesanal, del intercambio o del comercio.

En esta misma línea, llegaremos a averiguar si los productos depositados en los enterramientos expresan normalización (producción específica para el ritual) o no en relación a la producción doméstica y artesanal o si existía una producción especializada de valores de cambio. Todos los productos de trabajo que cobran su sentido en la esfera económica y su valor en la esfera social. Que connoten algo de la esfera ideológica al actuar como símbolos de expresión o metafóricos no deben distorsionar lo que los productos de trabajo depositados en los enterramientos *denotan*. Dejaremos para la historia de las mentalidades especular sobre lo que expresan simbólicamente tales asociaciones de objetos rituales.

BIBLIOGRAFÍA

- BANTON, M., ed., 1985: *The relevance of models for social anthropology*. Londres.
- BINDORD, L. R., 1971: «Mortuary practices: Their study and potential», en BROWN ed., 1971: 6-29.
- BINDORD, L. R., 1977: *For Theory Building in Archaeology*. Nueva York.
- BLAU, P., 1970: «A formal theory of differentiation in organizations». *American Sociological Review*, 35: 201-218.
- BLOCH, M., 1981: «Tombs and States», en HUMPHREYS-KING eds., 1981: 137-147.
- BROWN, J. A., ed., 1971: *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*. Memoirs of The Society for American Archaeology, núm. 25.
- BROWN, J. A., 1971: «The dimensions of status in the burials at Spiro», en BROWN ed., 1971: 92-112.
- BURNHAM, B. C.-KINGSBURY, J., eds., 1979: *Space, Hierarchy and Society*. BAR. S-59. Oxford.
- CHAPMAN, R. W.-KINNES, I.-RANDSBORG, K., eds., 1981: *The Archaeology of Death*. Cambridge.
- CHILDE, V. G., 1944: *Progress and Archaeology*. Londres.
- CHILDE, V. G., 1946: *What Happened in History*. Nueva York (1.ª ed. inglesa en 1942).
- D'AGOSTINO, B., 1985: «Società dei vivi, comunità dei morti: un rapporto difficile». *Dialoghi di Archeologia*, 1: 47-58.
- D'AGOSTINO, B.-SCHNAPP, A., 1982: «Les morts entre l'objet et l'imagen», en GNOLI-VERNANT eds., 1982: 17-25.
- DANIEL, G.-KJAERUM, P., eds., 1973: *Megalith Graves and Ritual*. III Atlantic Colloquium Moesgard.
- GNOLI, G.-VERNANT, J. P., eds., 1982: *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*. Cambridge-París.
- GOLDSTEIN, L., 1976: *Spatial structure and social organization: Regional manifestations of Mississippian society*. Ph. D. dissertation. Northwestern University. Ann Arbor: University Microfilms.
- GOODENOUGH, W. H., 1965: «Rethinking "status" and "role": Toward a general model of the cultural organization of social relationships», en BANTOND ed., 1965: 1-24.
- HODDER, I., 1982: «The identification and interpretation of ranking in prehistory: a contextual perspective», en RENFREW-SHENNAN eds., 1982.
- HOODER, I., 1982: *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge.
- HODSON, F. R., 1979: «Inferring status from burials in Iron Age Europe: Some recent attempts», en BURNHAM-KINGSBURY eds., 1979.
- HUMPHREYS, S. C., 1981: «Introduction: comparative perspectives on death», en HUMPHREYS-KING eds., 1981: 1-13.
- HUMPHREYS, S. C.-KING, H., eds., 1981: *Mortality and immortality: The Anthropology and Archaeology of Death*. Nueva York.
- KING, L., 1969: «The Medea Creek cemetery (Lan-243): An investigation of social organization from mortuary practices». *Archaeological Survey Annual Report*, 11: 23-68.
- LEACH, E., 1977: «A view from the bridge», en Spriggs ed., 1977.
- LINTON, R., 1936: *The Study of Man*. Nueva York.

- LULL, V.-ESTÉVEZ, J., 1986: «Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas», en *Homenaje a L. Siret*, 1986: 441-452. Sevilla.
- O'SEHA, J. M., 1984: *Mortuary Variability. An Archaeological investigation*. Nueva York.
- PADERE, J., 1982: *Symbolism, Social Relations and the interpretation of Mortuary Remains*. BARS-130. Oxford.
- PEEBLES, C., 1971: «Moundville and surrounding sites: Some structural considerations of mortuary practices», en BROWN ed., 1971: 69-91.
- PIGGOTT, S., 1973: «Problems in the interpretation of chambered tombs», en DANIEL-KJAERUM eds., 1973.
- RANDBORG, K., 1975: «Social dimensions of early Neolithic Denmark». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 41: 105-18.
- RENFREW, C.-SHENNAN, S., eds., 1982: *Ranking, Resource and Exchange*. Cambridge.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R., 1952: *Structure and Function in Primitive Society*. Glencoe-Illinois.
- SAXE, A. A., 1970: *Social Dimensions of Mortuary Practices*. Ph. D. Dissertation, Univ. de Michigan.
- SHANKS, M.-TILLEY, CH., 1982: «Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices», en HODDER ed., 1982.
- SCHIFFER, M. B., ed., 1978: *Advances in Archaeological Method and Theory*. Nueva York.
- SPRINGGS, M., ed., 1977: *Archaeology and Anthropology*. BARS-19. Oxford.
- TAINTER, J. A., 1973: «The social correlates of mortuary patterning at Kaloko, North Kona, Hawaii». *Archaeology and Physical Anthropology in Oceania*, 8: 1-11.
- TAINTER, J. A., 1975: «Social inference and mortuary practices: an experiment in numerical classification». *World Archaeology*, 7: 1-15.
- TAINTER, J. A., 1976: «Social organization and social patterning in the Kaloko Comentery, North Kona, Hawaii». *Archaeology and Physical Anthropology in Oceania*, 11: 91-105.
- TAINTER, J. A., 1977: «Modeling change in prehistoric social systems», en BINFORD ed., 1977.
- TAINTER, J. A., 1978: «Mortuary practices and the study of prehistoric social systems», en SCHIFFER ed., 1978.
- UCKO, P., 1969: «Ethnography and archaeological interpretation of funerary remains». *World Archaeology*, 1: 262-280.